

Orlando Figes, *La historia de Rusia*, Barcelona, Taurus, 2022, 474 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihec.43.2023.988-991>

A la sombra de la guerra surgida por el intento ruso de invadir Ucrania, han sido publicados numerosos estudios con el propósito de comprender dicho suceso, así como la realidad rusa y las motivaciones de Putin como su máximo dirigente. Entre tales publicaciones destaca *La historia de Rusia* de Orlando Figes. Recientemente nombrado doctor honoris causa por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, el historiador británico es, probablemente, uno de los mayores especialistas sobre ese país, como ya evidenció a través de obras de obligada referencia como *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, *El baile de Natacha: Una historia cultural rusa*, *Los que susurran: La represión en la Rusia de Stalin* o *Una palabra tuya...: Amor y muerte en el gulag*. En su último libro, publicado en España por la editorial Taurus en 2022, Figes traza un recorrido por toda la historia de Rusia a través de un relato que trasciende la mera narrativa factual de acontecimientos para analizar, de forma simultánea, el modo en que dicho país ha construido sus relatos y mitos sobre el pasado y cómo esto ha configurado la identidad rusa. Como apuntaba un chiste de época comunista, “el futuro de Rusia como país es indudable; lo que resulta impredecible es su pasado”. Y es que, según Figes, “no hay otro país que haya reinventado su pasado con tanta frecuencia; ninguno tiene una historia tan sujeta a las vicisitudes de las ideologías dominantes. En Rusia, la historia es política”. Este es un país que, como queda de manifiesto en la obra, se mantiene unido por unos relatos sobre el pasado “continuamente reconfigurados y redactados para ajustarlos a las necesidades del presente y para dar una imagen del futuro”, triunfando unas narrativas sometidas a la autocracia definidora del sistema ruso. De este modo, para comprender la Rusia actual, debemos partir de una máxima expuesta por Figes: “la historia y el mito -y el uso que el régimen de Putin ha dado de ambos- deben tenerse en cuenta si queremos entender hacia dónde se dirige la historia de Rusia”. A todo ello ayuda el recorrido trazado por Figes a través de los once capítulos que componen su libro.

Las bases de la identidad rusa son situadas por el autor en la Rusia medieval a través de dos periodos: la Rus de Kiev y la Horda de Oro mongola, empleados de forma diferente en los relatos nacionales de Rusia. La Rus de Kiev -con sus principados y repúblicas- es para los rusos el cimiento de sus orígenes míticos desde los relatos de *La crónica de Néstor* y la proyección del príncipe Vladimir como “padre fundador” de un territorio que muy pronto se sintió la “tercera Roma”. Más allá de estos orígenes míticos, Figes deriva de ello una importancia no menor: la influencia bizantina con la consecuente sacralización de la autoridad y el poder de la religión ortodoxa en la esfera política -ningún otro país del mundo ha convertido en santos a tantos de sus gobernantes-. La otra influencia medieval sería la derivada de las invasiones mongolas con la llegada de la Horda de Oro. Igualmente, aquí se contraponen el uso que lo conceden los rusos en su historia nacional del que apunta Figes. Para el pueblo de Rusia esta época fue el origen de relatos nacionales que a través de figuras como Alejandro Nevski o sucesos como la Batalla de Kulikovo cimentaron el mito del sacrificio ruso como salvadora de la cristiandad frente al avance mongol, algo que nunca les habrían agradecido sus aliados occidentales. Así, “el profundo rencor hacia Occidente que se siente en el país hunde sus raíces en este mito nacional”. Sin embargo, el autor señala una importancia mayor del mundo mongol al considerarlo la auténtica base de su tradición autocrática, con unos *kans* que habrían exigido un completo sometimiento a su voluntad, principio que los zares rusos perpetuaron. Este poder despótico conllevaría también la idea de que toda la tierra era de su propiedad, lo que sostendría el principio patrimonial de los futuros zares y el sistema de dependencia y obligada lealtad de la aristocracia rusa.

Si Figes encuentra las raíces de la autocracia rusa en su época medieval, su consagración llegaría en época moderna con el nacimiento en torno al Principado de Moscovia del Zarato Ruso en 1547, convertido en Imperio Ruso en 1721. Durante esta época, las figuras que aparecen más destacadas en el libro son Iván IV, Miguel I y Pedro el Grande, tres zares constantemente rememorados en la historia nacional de dicho país por las percepciones que de ellos se derivan: tres figuras poderosas que asentaron la influencia y dominio ruso. Sin embargo, para Figes, la selección realizada por Rusia de sus “grandes figuras históricas” acaba modulando una determinada idea de su historia clave para comprender su actual modelo social y político. En primer lugar, Iván IV es señalado por su relevancia como primer zar, figura con la que encarnaba en su ser, al igual

que Cristo, lo mortal y lo divino, de forma que mientras en Europa se diferenciaba la persona del oficio del Rey, esta distinción no llegó a un territorio en el que no se desarrolló el concepto del Estado abstracto. En segundo lugar, en Miguel I encuentra Figes cuatro elementos asentados en el tiempo: el mito del padrecito zar (*zar-batiushka*) como figura paternal protectora de su pueblo, un sistema de responsabilidad colectiva (*krugovaya poruka*) que implicaba los deberes de vigilancia y denuncia, la expansión por un territorio llano y abierto que despertó el temor constante a la defensa de sus fronteras, y el nacimiento de la servidumbre ante la necesidad de anclar a los campesinos a la tierra. En tercer y último lugar, si Pedro el Grande es rememorado por los rusos por ser el primer *imperator*, en otras dimensiones aparece como una figura más polémica para el país por el desarrollo de unas políticas de occidentalización que serían el germen del debate entre la identidad europea o eslava.

La llegada de la contemporaneidad supone para Figes un momento de fallida reconfiguración de Rusia. Durante esta época, el país se habría cerrado en su tradición histórica y política ante su confrontación con Occidente, tanto por su victoria frente a las tropas napoleónicas -que cimentó el mito de la Santa Rusia como salvadora providencial de la humanidad- como por su derrota en Crimea -donde nació el sentimiento del doble rasero de las potencias occidentales, las cuales actuaban en otros territorios, pero impedían a los rusos “proteger” a sus correligionarios-. Mientras esta Rusia de los zares se replegaba sobre sí misma, una creciente sociedad civil veía desaparecer el mito del padrecito zar tras la represión de la revolución de 1905. Para Figes, estas tensiones estallaron con la Primera Guerra Mundial, aunque muy pronto se evidenció que la mentalidad rusa no se había transformado. El autor rescata el testimonio de un soldado que, por entonces, apuntaba: “necesitamos una República, pero para regirla debemos tener un buen zar”. Cuando en 1917 triunfó la revolución, muy pronto los bolcheviques encontraron un modelo de poder fuerte en la Unión Soviética que enlazaba el mito de la tercera Roma con una Tercera Internacional comunista que asumía la misión de liberar al mundo de la opresión capitalista. Si Lenin adoptó una concepción mesiánica, Stalin recuperó el mito del padrecito zar y una apelación a las grandezas de la historia rusa que, tras la Gran Guerra Patriótica, identificó como un elemento que permitía mayor cohesión que las referencias marxistas. Este modelo quedaría anclado con sus sucesores en una Unión Soviética cada vez más rusificada en los relatos sobre su propia identidad. Para Figes, la posibilidad de poner fin a esta tradición pudo llegar con el

fin de la Unión Soviética, pero la reforma de Gorbachov muy pronto devino en una realidad incapaz de romper con su pasado. Las decepciones de Yeltsin llevaron a buscar una figura que reforzara el poder, muy pronto encontrada en Putin, quien no dudó en mirar al pasado para identificar la grandeza de Rusia con esa tradición de autócratas que le permitía asimilar dicho modelo de poder con las opciones del país como gran potencia.

En conclusión, Figes escribe un detallado análisis de la realidad histórica de Rusia en la que logra trascender las meras narrativas factuales y descriptivas tan habituales en estos estudios de larga duración, para ser capaz de dotar de significado a los diferentes personajes y acontecimientos que recorren las páginas de su libro. En su obra queda claramente trazada la forma en que los rusos vertebraron su identidad a través de una mirada al pasado centrada en la concepción mesiánica del país, las tensiones con Occidente y el valor de un poder fuerte paternalista. Esta tradición hace que Figes se muestre escéptico con las posibilidades de una Rusia que se democratice y rompa con la forma de entender su historia. Pese a su pesimismo, rechaza cualquier determinismo en la evolución histórica de dicho país convencido de la forma en que el uso del pasado influye en la autopercepción que los rusos han configurado sobre sí mismos. Por eso, como concluye su obra, cabe recordar que:

hubo capítulos de la historia en que Rusia podría haber tomado un camino más democrático. Contaba con una firme tradición de autogobierno en las ciudades república medievales, en las comunas campesinas, en los *hetmanatos* cosacos y, sobre todo, en los *zemstvos*, que podrían haber sentado las bases para una forma más inclusiva de gobierno nacional. Hubo momentos en los que los gobernantes se inclinaron hacia la reforma constitucional, pero sus iniciativas liberales se vieron barridas por el curso de los acontecimientos [...]. Y en el caos de la revolución, hubo momentos en los que el pueblo fue capaz de remodelar el Estado de acuerdo con sus viejos sueños utópicos de libertad y justicia social. Contar de nuevo todas estas historias contribuirá sin duda alguna a cambiar el destino de Rusia.

ADRIÁN MAGALDI
<https://orcid.org/0000-0002-3241-8802>
Universidad de Cantabria
adrian@magaldi.es